

Argumentos de "CINE POPULAR"



n.º 14

Mi última aventura

25 cts.

por Susano Grandois

(L'Essor, 1920)

PUBLICACIONES MUNDIAL

Calle de Barbará, 15

Argumentos publicados en esta colección

- | | | | |
|------|-----|---------------------------|---------------------------------|
| Núm. | 1. | La daga misteriosa | Por Eddie Polo. |
| " | 2. | El vengador. | Por William Duncan. |
| " | 3. | La sombra. | Por Francesco Bertoli. |
| " | 4. | El rey de los detectives. | Por M. Manloy y W. Baluchet. |
| " | 5. | El hombre león. | Por Jack Perrin y Kat O'Connor. |
| " | 6. | La mano invisible. | Por Antonio Mateo. |
| " | 7. | La novia número 13. | Por Margarita Clayton. |
| " | 8. | La mujer desdénada. | Por Ruth Roland. |
| " | 9. | La red del dragón. | Por María Walcamp. |
| " | 10. | La gran jugada. | Por Ann Luther y Hutchison. |
| " | 11. | París misterioso. | |
| " | 12. | Imperia. | |
| " | 13. | Las tres semillas negras. | |
| " | 14. | MI última aventura. | Por Susana Grandois. |

A 25 céntimos ejemplar

COLECCION DE 120 POSTALES-RETRATOS

de los mejores artistas cinematográficos americanos y europeos, edición especial de PUBLICACIONES MUNDIAL, a 20 céntimos una.

Para pedidos:

«Publicaciones Mundial», calle Barbará, 15, Barcelona
Se mandan a provincias previo recibo del importe y de los correspondientes gastos de franqueo.

A guisa de prólogo

Breves palabras alrededor de la muerte trágica de Susana Grandais y de su póstuma película : **MI ÚLTIMA AVENTURA** :

Lectores: vais a leer, someramente narrado, el argumento de la película *Mi última aventura*, bautizada en París con el nombre de *L'Essor*.

Seguramente, habéis leído algunos comentarios en torno de esta producción excepcional, que, a sus méritos indiscutibles de interpretación, presentación, fotografía y asunto, une el atractivo poderoso de ser la creación póstuma de la malograda artista francesa Susana Grandais, que falleció trágicamente mientras se impresionaban las últimas escenas de esta serie artística, que se sale en absoluto de la pauta trazada por los autores de las películas en episodios.

No pudo terminar la artista esta película, y al darnos cuenta que de la pantalla desaparece repentinamente la figura sugestiva de Susana, al adivinar su trágico fin, se siente una emoción tan intensa, que nos parece hallarnos ante la verdadera realidad.

Por eso, antes de locutar el argumento de esta cinta, queremos reproducir algunos fragmentos interesantes sobre la muerte y los últimos días de la inolvidable actriz, que entresacamos de la biografía de Susana Grandais, publicada por la Galería de Artistas Cinematográficos «Tras la Pantalla».

He aquí estos interesantes apuntes:

... Mediaba el verano de 1930, y en los lugares más bellos de Francia, Susana Grandais iba filmando una a una las últimas escenas de («L'Essor») *Mi última aventura*.

A mediados de Agosto, Susana, en una reunión de sus directores, del operador y de su marido, recorrió la Alsacia y la Lorena, y habló sobre las ruinas de las poblaciones devastadas.

Después se fué a Estrasburgo, donde tenía que impresionar algunas escenas para su film.

En esta ciudad ocurrió a Susana un hecho curiosísimo que hace creer en los avisos fatales, en los presencimientos de las desgracias. Un día recibió una carta anónima que ella corrió a enseñar a su marido y a su director Mr. Barguet. En esta carta se le suplicaba que no abandonase Estrasburgo hasta el día 25 de Agosto, pues le amenazaba una gran desgracia para los días anteriores a aquella fecha. El autor de la carta añadía que se

darla a conocer si Susana se dignaba acudir a una cita que él le daba, asegurándole que le descubriría todo lo que podía amenazar su porvenir.

Susana Grandais se rió de aquellos augurios y pensó que se trataba de algún enamorado que, gracias a aquella estratagema, pensaba obtener de ella una entrevista.

La tarde del día 28 de Agosto, cuando se acababan de tomar unas vistas para («L'Essor») *Mi última aventura*, el automóvil que conducía a Susana Grandais y sus compañeros rodaba por la carretera cerca de Jouy-de-Châtel y de Rozoy-en-Brie.

Marchaba a gran velocidad, pues sus ocupantes deseaban llegar, antes de que irrumpiese la noche, al lugar donde debían descansar.

De pronto, una gallina se interpuso en la carretera, y, para no aplastarla, el chófer hizo un brusco viraje. Saltó un neumático, y el coche se despeñó por un barranco, sin que los que lo ocupaban tuvieran tiempo de arrojarse del vehículo.

Allí encontraron la muerta Susana Grandais y su operador toma de vistas, Mr. Ruetle.

El cadáver, horriblemente mutilado, de Susana Grandais, fué trasladado a París y expuesto al público en la iglesia de la Trinidad.

Todo el pueblo del Sena desfiló frente al cadáver de la que había sido su artista favorita. Era aquella una peregrinación en que se mezclaban, en una promiscuidad encantadora, todas las clases sociales, para depositar una lágrima o una flor sobre el cuerpo frío de Susana.

Y Susana pareció sonreír una vez más, con aquella sonrisa sorna de Gavroche, como agradeciendo la lluvia de flores que caía sobre su cuerpo.

Y cuando el día primero de Septiembre, el entierro salió de la iglesia de la Trinidad, las flores alborotaban las calles y esparcían por todas partes su perfume penetrante.

Y ese perfume acompañó a Susana hasta el cementerio de San Vicente de Montmartre, donde sus restos fueron sepultados.

Así despidió el pueblo de París a la artista que mejor había sabido interpretar su espíritu. Y, tal vez en el lejano Estrasburgo, un hombre lloró también a la desgraciada Susana y lamentó mucho que ella no quisiese hacerle caso cuando le predijo la muerte...

Mi última aventura

Novela cinematográfica en siete jornadas, interpretada por
la malograda artista SUSANA GRANDAIS

PRIMERA JORNADA

EL DRAGON DE LA MUERTE

En una finca de recreo situada en los alrededores de París, vive la señora Lefranc, una dama de altas virtudes, a quien la Gran Guerra, destrozando sus dominios y matando a su marido, hundió para siempre en una melancolía profunda.

Pero no desmayó la noble señora, y sobre las piedras muertas de aquellas ruinas, habló a su hijo y a Susana, su nieta, preferida. Y les dijo:

— No olvidemos nunca, hijos míos, el bien que hemos perdido... Mi pobre esposo ha muerto, mi hogar feliz de otro tiempo no es más que un montón de ruinas... Es necesario empezar una vida de trabajo. Una parte de nuestros dominios se ha perdido. Pero, allí abajo, la casa está intacta. ¡Hay que trabajar!... Tenemos dinero suficiente para vivir con holgura. Pero después de esta gran desgracia, tenemos el deber de empezar una nueva vida que tenga el trabajo por cimiento.

Y poco después de la tragedia, los hijos y los sobrinos de la señora Lefranc empiezan una vida de trabajo, emigrando unos, buscando otros en la tierra madre la base de la riqueza futura.

Sólo quedan viviendo al lado de la anciana, en la gran casa solitaria, sus tres nietos: Susana, Rosina y David. Susana es la preferida de la bondadosa señora. Es también la más traviesa, pero en su alma hay tesoros de ternura y de bondad. Enamorada de Ricardo Gautier, un joven de la buena sociedad parisina, vive una vida frívola y elegante, sin preocuparse del porvenir, sin mirar otra cosa que el presente venturoso.

Rosina brilla también en los salones de la gran sociedad a que pertenece. Y David, soñando con la gloria todavía lejana, emplea su tiempo en cultivar el arte del divino Apéles.

Aquel día hay una reunión amable en casa de la señora Lefranc. Ajeua a todos los dolores, la juventud ríe, con risa de cristal, en medio de la triste severidad de la casa solaciega. Entre la fronda del jardín, hombres y mujeres cantan la eterna balada de amor. También los niños poseen sobre las flores del parque el gocejo de sus risas inocentes. Y al escuchar este canto de vida, la dama de altas virtudes piensa en aquel desierto ríncón de sus dominios, de cuyas piedras muertas la alegría hu huido para siempre. Y, necesitada de una confidente, llama a Susana y le recuerda la triste historia de aquellos días solagos; pero Susana se siente poco inclinada a hablar de seriedades, sobre todo, cuando en el salón, el pianista desgrana las notas violentas de un *fin-trot*.

Al día siguiente, Susana, llena de alegría de vivir, acude al bosque, donde le espera su ovino, y a su lado olvida las palabras tristes de la abuela. Hace el destino que aquel mismo día haya acudido también al bosque el barón Jorge Hoffland, hombre de conciencia torzosa y de temperamento audaz, que está dispuesto a conseguir el amor de Susana, sin importarle los medios.

Al ver a los dos jóvenes reunidos, el barón llama a su secretario y cómplice Basilio Arned, y le ordena que siga a la feliz pareja y procure enterarse de su conversación. Así lo hace éste, y poco después, lleva al barón la respuesta deseada:

—Ricardo—le dice—pedirá esta misma tarde la mano de Susana a la señora Lefranc.

Al llegar a su casa, el barón Hoffland trama un plan audaz para conseguir el amor de Susana. Le secundará hábilmente su fiel criado Claudio Garoupe, un hombre cínico y brutal, que guarda para su amo el rucido y la fidelidad de un perro. Arned va a ser traido también en la combinación, pero él se niega, aun a trueque de indisponerse con su jefe. Entonces Hoffland, irónicamente, le entrega una pelota, en la cual lleva pintado un dragón y le ordena que, a la tarde, cuando Susana se halle en el tonis, arroje la pelota en el cuadro de la joven.

La tarde de aquel día, por distintos caminos, el barón Hoffland y su secretario Basilio Arned, se presentan en casa de la señora Lefranc, y mientras Arned cumple la orden del barón, éste, aprovechando un descuido, penetra en la casa y, valiéndose de Pelagia, la fiel criada de Susana, ovina a ésta una tarjeta rogándole que le venda un dragón de mármol que la joven guarda como un adorno curioso.

Pero la contestación de Susana es seca y altiva. En el respaldo de la tarjeta escribe con lápiz las siguientes líneas:

«Cualesquiera que sean sus ofrecimientos, no puedo aceptarlos. En esta casa, por ahora, no hay nada que vender.»

Poco después, en el jardín, Susana le pregunta al barón:

—En las leyendas cristianas, el dragón personifica el poder del espíritu del mal, ¿no es eso?

—Sí, señorita—le responde Hofland,—pero en otras leyendas vemos que es el signo de la muerte.

Y cambiadas estas frases, que encierran un doble sentido, el barón se despide de la señora Lefranc, manifestándole que dentro de breves momentos partirá para sus posesiones de Rouen y El Havre.

Entretanto, la hora del tenis ha pasado, y Ricardo Gautier no se presentó como de costumbre, y más aquella tarde, en que debía pedir a la señora Lefranc la mano de Susana.

La joven, inquieta por la tardanza, telefona a casa de su prometido, y el criado le indica que Ricardo ha salido de su casa hace más de una hora. Temiendo una emboscada, Susana se dirige precipitadamente a casa de Gautier y allí se entera con detalles de que su novio ha salido para el tenis hace más de una hora, habiendo tomado un taxi que estaba parado cerca de la puerta de su casa.

Al salir Susana, observa que un auto está detenido cerca de aquel lugar, y la persona que lo ocupa parece espiar sus movimientos. Sin conceder gran importancia al detalle, vuelve a casa de su abuela y le ruega que le permita ponerse en busca de Ricardo sin el auxilio de la policía, sospechando que se halle ya en poder del barón Hofland. Y la buena señora Lefranc, que ha visto con orgullo despertar en el alma de Susana el gesto bravo de su raza, consiente en aquella locura.

Durante aquel tiempo, Garoupe, por orden del barón Hofland, había secuestrado a Ricardo y lo condujo a una casa aislada que alzaba sus muros en los alrededores de París, con el propósito de dejarlo allí hasta que el barón ordenase conducirlo a Rouen o El Havre.

Y Susana, acompañada de la fiel Pelagia y de Eugenio, el chófer, se pone en camino de Normandía, mientras Hofland recrimina a Arned por no haberle prestado su ayuda en el rapto de Gautier.

Llegada a la ciudad de Rouen, empieza Susana sus pesqui-

sas, al principio sin resultado, pero al doblar una esquina, descubre Pelagia al barón Holland y corre a visitar a su señorita. Inmediatamente se pone Susana en persecución del barón, tomando por la carretera de El Havre. Holland le lleva una gran ventaja, pero hace la casualidad que sobrevenga una panne en el auto del aristócrata, y el coche de Susana se adelanta, deteniéndose en una posada que hay cerca de El Havre, desde cuyas ventanas piensan las dos mujeres espiar el paso del barón.

Pero después de una espera infructuosa, se convenceren al fin de que nada les queda allí que hacer, y Susana y Pelagia emprenden el camino del Havre, dejando en la posada a Eugenio al cuidado del coche, hasta que ellas le avisen a qué hotel debe dirigirse en El Havre.

Llegada a El Havre, Susana y Pelagia se hospedan en un hotel, donde también se encuentra Arned, ocupando una habitación contigua a la de la joven. Gracias a esta casualidad, se entera el barón Holland—que ha llegado a El Havre por un atajo, uniéndose a Groupe—de los planes de Susana, y tiende sus redes para apoderarse de la joven.

Dejando a Pelagia en la habitación, sale Susana a continuar sus pesquisas por la ciudad, y al volver, una terrible sorpresa le aguarda. La criada se encuentra profundamente dormida, como si fuese narcotizada, y en la maleta abierta aparece dibujado el fatídico dragón. Al registrarla se encuentra Susana con que han desaparecido de ella algunos papeles importantes y el dinero que llevaba para el viaje.

Tiene la joven un momento de indecisión, su mano va a oprimir el timbre de alarma, pero se acuerda en aquel momento de la promesa que hizo a su abuela de salvar a Ricardo sin el auxilio de la policía, y entonces va en busca de Eugenio a la posada donde lo dejó. Al llegar allí le espera una nueva sorpresa. Eugenio se encuentra también dormido y como narcotizado. Al lado del chófer encuentra Susana un papel que dice:

«Su chófer no corre ningún peligro. Pero que esto le sirva de lección para renunciar a esta aventura.»

Al observar detenidamente el coche, ve que de él falta el lápiz del magneto, y que un dragón, toscamente pintado, aparece dentro del chasis.

Dejando a Eugenio al cuidado del hostelero, regresa Susana a El Havre, y habiendo notado que el barón Holland se dirige al vaporcito de Honfleur, se introduce también ella en el

mismo vapor, con el fin de seguir sus pasos. Pero no se da cuenta de que Garoupe la observa cuidadosamente.

Va en Honfleur, Susana, siguiendo los pasos del barón, logra introducirse en la finca de propiedad de éste, donde ella cree prisionero a Ricardo Gautier, sin sospechar que ha caído en un lazo. En efecto, no bien ha entrado Susana en una habitación de la casa, una puerta se abre cautelosamente. Susana dispara contra el individuo que ella supone escondido detrás de la puerta, mientras el barón, que la observa por un agujero hecho en la pared, sonríe irónicamente al ver cómo va gastando sus municiones.

Cuando ha disparado el último tiro, Garoupe se acerca a la puerta y le dice:

—Ha gastado usted sus municiones, señorita.

Y el barón Hofland, desde su agujero exclama:

—¡Al fin has caído en mis manos, linda Susana!

SEGUNDA JORNADA

EL VUELO DEL AGUILA

Aprovechándose de la sorpresa de Susana, Garoupe la conduce a una destornillada habitación de la finca, donde la joven queda encerrada con un guardián a la vista. A poco, la visita el barón, y le hace conocer su decisión de que continúe prisionera allí, para que no estorbe el desarrollo de sus planes.

Mientras tanto, en El Havre, Pelagia comprueba del sueño producido por el narcótico y lee la nota que Susana le ha enviado antes de entrar en la finca de Honfleur, notifiéndole el lugar a donde se dirige, previendo ya que algún peligro la alcanzaría dentro de aquella mansión desconocida. Después de infinitas preguntas, Pelagia logra encontrar el barco de Honfleur y desembarca en la vecina villa, no sin haber experimentado un mareo importante, que demuestra bien a las claras que la joven campesina no ha nacido para la vida marinera.

Pelagia llega a la finca, y la encuentra cerrada, pero en aquel momento, por la carretera avanza un joven excursionista, Ramón Meugina, que recorre los pueblos de Francia con la intención de conocer palmo a palmo su país. Haciendo quedar fuera a Pelagia, Ramón entra en la finca, salvando la verja, y se en-

cuentra con Garoupe. Una lucha brutal se entabla con los dos hombres, sin que la victoria se incline a uno ni a otro lado, pues las fuerzas de los dos campeones son parecidas. Pero Pelagia, que ha entrado en la finca, encuentra entre la hierba el revólver



de Simón, y condesciende se dirige hacia Garoupe y le apunta con él.

Gracias a esta intervención de Pelagia, las llaves de la casa son encontradas en los bolsillos de Garoupe, y Susana es puesta inmediatamente en libertad. En aquel momento, y después que la joven hubo registrado inútilmente toda la casa, no encontrar la menor pista de su prometido, suena el timbre del teléfono. Es el barón Hoffman, que desde El Havre da nuevas órdenes a Garoupe. Susana obliga al criado a ponerse al aparato, y por este medio ella se entera de que su guardián debe reunirse en Lille con el barón. Sabido esto, entre todos encierran a Garoupe en la habitación que antes ocupaba Susana, y salen de allí, tomando de nuevo el barco que les conducirá al Havre.

Entretanto, Ricardo Gautier, encerrado en una casa cercana a Paris, lee por entretenimiento un antiguo tratado de acro-

náutica, y esta lectura le brinda una idea aprovechable para recobrar la libertad. Pide numerosas periódicos, diciendo que desea enterarse de lo que ocurre por el mundo, y construyendo un globo de papel, ata en él una carta dirigida al Comisario de



policía o al alcalde del pueblo donde caiga el globo, y lanza éste al espacio por una claraboya que hay en la habitación donde está encerrado.

Pocas horas después encuentra el globo un campesino y la carta dirigida al Comisario llega en su poder.

La carta dice así:

«Señor comisario: Un hombre va a presentarse a mi casa, calle de Porgelesse, número 172, llevando una carta dirigida a mi criado. Haga seguir a ese hombre y sabrá dónde me encuentro prisionero.—Ricardo Gantier.»

P. D.—Tenga la bondad de avisar a la señorita Susana Lefranc, a la dirección que le indico.»

Y un inspector de policía se presenta en casa de la señora Lefranc, dando cuenta de la noticia. Rosina solicita a su abuelo que le permita acompañar al inspector a casa de Ricardo, a fin

de poder dar a Susana una buena noticia. Y cuando ambos llegan allí, se encuentran las puertas abiertas, los criados dormidos profundamente sobre las sillas, y en las paredes y los cristales de la vitana pintado el dragón fatídico, que ya otras veces intervino en la vida de Susana.

Mientras estos sucesos se desarrollan en París, Susana, acompañada de Felicia y de Eugenio, ha llegado a Lille, y allí se encuentra con un telegrama de su abuela ordenándole que vuelva inmediatamente a París. Y la joven, mal de su grado, se ve obligada a interrumpir el curso de su aventura.

Transcurren algunos días, y un día, un misterioso comunicante avisa por teléfono que si Susana quiere regresar a su prometido, tome inmediatamente el camino de El Havre. Y Susana, acompañada solamente de Eugenio, se dirige al lugar indicado, y cae en un lazo que se le tiende en la misma carretera, siendo amordazada y conducida a un mesón cercano donde unos cómplices de Garoupe se encargan de guardarla.

Pero la señora Lefranc, alarmada por los peligros que Susana arrojó en su anterior aventura, hace seguir a la joven por un criado, el cual logra salvarla, en el momento en que la joven acaba de escuchar de sus guardianes el pueblo de Alsacia donde pensaban conducirla.

Y mientras los dos cómplices de Garoupe conducen el auto al lugar indicado por el lazo, creyendo que dentro va Susana, ésta y su acompañante suben al aparato y emprenden el vuelo en rumbo a Alsacia.

TERCERA JORNADA

LA LUCHA A BORDO

Susana Lefranc se nos aparece convertida en una alsaciana rubiosa, haciéndose pasar por sobrina del dueño del mesón de una pequeña aldea de Alsacia.

Entretanto, en Lorena, el barón Hofstad reúne a sus cómplices Garoupe y Arnel, y cuando están juntos les dice, refiriéndose a la fuga de Susana:

—Les he citado aquí, porque tengo la seguridad de que uno de ustedes dos nos ha traicionado.

La conversación prosigue en tonos violentos, hasta que por

último, el barón se convence, o aparenta convencerse, de que Arned le es fiel, pues en la fidelidad de Garoupe no ha dejado de creer por un momento.

Y en Nancy, Rarida Mougins suena constantemente con la gentil figura de Susana, a quien que recuerda en sus



mujeres pasan ante él. Cansado de seguir aquella vida sedentaria, toma de nuevo el camino de la aventura y se presenta en aquella aldea de Alsacia, donde se encuentra Susana. Pero la joven, gozando con la perplejidad de su amigo, que cree soñar al encontrarse ante ella, vestida de alsaciana, no se da a conocer, y sigue fingiendo a las mil maravillas su papel de aldeana.

Hace el destino que el barón Hofaard visite también aquella pequeña villa alsaciana, a tiempo que Pelagia dejaba asimismo al pueblo.

Al ver a su mortal enemigo, Susana pierde la serenidad y huye del mesda. Y cuando Mougins encuentra a Pelagia, se convence de que no se había engañado en sus suposiciones, y ambos se ponen a la busca de la joven.



Mientras, en la casa solitaria de París, la señora Lefranc recibe una carta de su nieta, en la que le explica detalladamente las circunstancias de su fuga.

Cerca de la media noche, ella y el aviador que la acompañaba llegaron a aquella aldea de Alsacia, y se detuvieron en el mesón: pero, temeroso de que peligrase la vida de la joven en alguna emboscada, el aviador entró primero solo y allí se encontró con una sorpresa. El sobrino del dueño de la posada era Zipuiff, un soldado que había estado bajo sus órdenes en la



trinchera. Desde que conoció la historia de Susana, este bravo y alegre muchacho se convirtió en su defensor, y la joven se halló en la posada como en un segundo hogar. Fué entonces cuando se le ocurrió disfrazarse de aldeana y hacerse pasar por la sobrina del posadero, para huir de la persecución de sus enemigos.

Volvemos al lugar de la acción y vemos cómo Susana, para huir del barón, se esconde en las habitaciones de la posada. Al poco tiempo, Garoupe se presenta allí, adoptando un aire hu-

móde, y le dice que está arrepentido de sus culpas y que para lograr su perdón está dispuesto a mostrarle el lugar donde se encuentra prisionero Ricardo.

Al principio, Susana teme una segunda emboscada, pero el tono de sinceridad con que habla aquel hombre la convence al fin y se deja arrastrar por él, mientras Meagins y Pelagia la buscan inútilmente por todos lados.

Después de algunos minutos de marcha, Susana vuelve a tener un lío, y pregunta a Garoupe a dónde piensa conducirla. Y el traidor, señalándole el río cercano, le dice:

—Es en aquel barco, donde se encuentra prisionero Ricardo.

Y Susana vuelve a avanzar cohibidamente hasta llegar al barco, donde con otra vez en poder del infame barón, siendo encerrada en una celda contigua a la que ocupa su novio.

Pero Zipuille seguía dándole lejos a la perra, y poco después entra él también en el barco. Una mano férrea le sujeta por los hombros, se abre una puerta y le un soberano empujón estra el simpático Zipuille en la celda de Ricardo, a quien saluda muy cortésmente, diciéndole:

—Buenas noches, caballero. Le suplico me disculpe esta manera de entrar, tan poco delicada, pero es que a veces le obligo a uno a cometer incorrecciones.

Pronto se hacen amigos Ricardo y Zipuille, y entre los dos buscan un medio de salvar a Susana.

Para hacer más terrible el suplicio de los dos novios, el barón Holsand hace funcionar un volante que levanta la compuerta que separa a las dos celdas, quedando éstas solamente distanciadas por una verja de hierro. Entonces a Zipuille se le ocurre una idea genial, y acordándose de que en otro tiempo había hecho en el circo Pinder el hombre-serpiente, se desliza hasta la celda de Susana, a Tiempo que el barón entraba a visitar a su prisionera.

Un grito certero, y el aristócrata cae al suelo, atontado. Entonces Zipuille le arrebató las llaves de la celda de Ricardo, y se entera por un papel escrito de los proyectos que el barón tenía sobre la suerte del joven.

Entretanto, Aned, que había ido desembarcado en tierra por el barón, temiendo que su romanticismo fuese un estorbo para el desarrollo de sus planes, se encuentra en la aldea alacana con Pelagia, y una idea har veritaria le obliga a escribir

un papel, poniendo a sus amigos a Susana sobre la pista del harón.

El papel aquel es recogido por una criada del mesón y entregado a Mougins, quien se pone inmediatamente en persecución del yate que atraviesa el canal. Llegando a unirse a aquellos seres queridos, se hacen a las buenas esfuerzos por salvarse.



CUARTA JORNADA

EL CIRCO PINDER

Puesto sobre la pista por el papel dejado por Arned, Mougins llega en bicicleta al lugar donde se encuentra el yate, a tiempo que Susana y Zipulle se arrojan al agua para escapar de las garras del león. Menos afortunado, Ricardo no ha podido huir, y continúa a bordo del barco, que sigue su rumbo por el canal.

Susana es salvada por Mougins y conducida a una casa de

aquellas contornas, donde se muda la ropa. Pelagia, que había salido corriendo detrás de Mougins, llega en aquel momento y no quiere dar crédito a sus ojos cuando encuentra de nuevo a su ama. Mientras tanto, Zipuille recorre las orillas del canal buscando alguna pista de Ricardo, no tardando Mougins en unirsele. Pero Ricardo ha desaparecido, y, en su lugar, solo encuentra su sombrero de paja.

Al principio, Susana cree que su novio ha perecido ahogado, y su desconsuelo no tiene límites. Pero, pronto, entre todas, logra convencerla de que lo más seguro es que continuase a bordo del yate, porque una circunstancia cualquiera le impediría escapar. Y se decide de nuevo continuar la aventura interrumpida, ofreciéndose Mougins para tomar parte también en su desarrollo.

Poco tiempo después, en un bosque cercano al canal, el grupo reflexiona sobre los medios que se adoptarán en lo futuro para librar a Ricardo sin caer entre las uñas del barón. Zipuille, que ha ido al pueblo cercano a buscar provisiones, vuelve haciendo piruetas, porque ha tenido una idea genial. Por la carretera avanza el circo Pinder, en cuyo elenco figuró Zipuille antes de ser auxiliado, y el antiguo hombre-serpiente habló con el director, rogándole que admitiese en su elenco a todos los que formaban el grupo de caballeros y damas de la aventura. La proposición fué aceptada, y algunas horas después, los nuevos artistas llegan a la ciudad en cuyas cercanías se alza el castillo del barón, con la seguridad absoluta de no ser reconocidos.

Mientras Susana y sus amigos trabajan en el circo, Zipuille ha ido a practicar un reconocimiento en las cercanías del castillo del barón, y allí supo que Garoupe había ido a una agencia a buscar unos desbollinadores que limpiasen las chimeneas del castillo. Cuando aquella noche se reúne con sus amigos, los cuales han abandonado el circo burlando de Garoupe, que amenazaba descubrirlos, les cuenta el resultado de sus pesquisas, y entre todos se acuerda que Zipuille y Pelagia, disfrazados de desbollinadores, se presenten a la mañana siguiente en el castillo del barón, a fin de poder orientarse sobre las escalerillas de aquella casa, por si en ella estuviese prisionero Ricardo.

El plan se lleva a cabo sin el menor inconveniente, y Zipuille y Pelagia, convenientemente disfrazados, se introducen en el

castillo. Pero nada pueden hacer por la presencia de Garoupe, que coarta sus movimientos.

Llega la noche, cobio ya conocen el castro que contiene a las habitaciones interiores del castillo, Ziquille y Pelagia saltan a la tapia del jardín, y una vez dentro, el primero trepa por los tejados y penetra en la casa, mientras la campesina espere oculta entre la fronda.

No tarda Ziquille en volver, pues su primera visita ha resultado infructuosa, y ambos se dirigen sigilosamente al interior del castillo, llegando sin dificultades hasta la misera puerta del despacho del barón, donde se queda Pelagia, armada de una horca, en tanto que Ziquille prosigue sus pesquisas por las otras habitaciones.

Y Pelagia, observando por la cerradura de la puerta, sorprende una escena curiosa.

El barón Holland ordena a Garoupe que tenga preparado vino generoso para obsequiar a unos visitantes que van a llegar, y cuando el criado desaparece, el infame aristócrata abre un armario y saca de él una cajita de pequeñas dimensiones, que se guarda en un bolsillo.

Poco después, hacia la puerta del jardín se escucha la fuerte trepidación de un auto, y el visitante llega al castillo. Y la buena Pelagia no puede ocultar su sorpresa cuando ve entrar en el despacho a Arned, que después de saludar al barón, le dice:

—He recibido en carta enigmática invitándome a venir inmediatamente aquí... ¿Qué ocurre?

QUINTA JORNADA

EL SECUESTRO DEL BARÓN

No como amigos fraternales, sino como mortales enemigos, se encuentran frente a frente el barón Jorge Holland y su secretario Basilio Arned. El barón ha comprendido al fin que Arned le traicionaba, favoreciendo los planes de Susana, y se decide a terminar a su manera aquel estado de cosas.

Y en el despacho elegante, requerido por su principal, Arned cuenta la historia de esta simpatía que siente por Susana, y que le obliga mal de su grado, a trabajar en contra del barón

En otro tiempo, Arned era rico y veraneaba en el aristocrático balneario de Vittel, donde conoció al barón Hofland. Allí vio un día a una joven alquiladora de sillas, que se parecería extraordinariamente a Susana, y se enamoró de ella. Pero todos los intentos de seducción que desarrolló al lado de la joven no dieron resultado. Aquella muchacha era calculadora y comprendía que todas aquellas promesas de una vida lujosa que Arned le hacía se quedarían en promesas en cuanto ella recibiese un ápice de sus derechos.

Por aquel entonces sobrevino la ruina de Arned y el barón Hofland le dijo un día:

—Yo crearía una situación magnífica a quien se ocupase de mis negocios en Francia. Si le interesa ser mi secretario, al mismo tiempo que mi apoderado, venga a verme a mi casa de París y hablaremos detenidamente, pues yo parto de aquí esta misma tarde.

Y Basilio Arned fué, y se quedó en calidad de secretario del barón. Trabajó mucho, mucho, guiado solamente por olvidar la imagen de aquella muchacha de Vittel que había turbado la tranquilidad de su vida. Después, en una ocasión, Arned intentó ausiliar de la caja de su principal una cantidad, y, cogido in fraganti, el barón le obligó a escribir una carta comprometedora, en la que confesaba su delito. Y esa era la razón por la que Arned se veía obligado a secundar los planes de Hofland.

Cuando terminó de hablar el secretario, el barón, haciendo como que olvidaba el pasado, le ofreció la copa de la amistad. Pero disimuladamente arrojó en el vaso una pastilla de veneno que poco antes había sacado del armario. Y cuando Arned se despidió, volviendo a montar en el auto que hasta allí le había conducido, Garoupe le preguntó al barón:

—¿Cómo, señor barón?... ¿Le dejará usted partir?

—Con este veneno no irá muy lejos—le respondió el aristócrata, mostrándole la cajita de las pastillas.—Mañana los periódicos dirán que ha muerto de congestión cerebral.

Pelagía y Zipuille, que se había unido con ella, después de recorrer inútilmente las restantes habitaciones del castillo, fueron testigos de esta escena. Y ocultos allí, vieron como Garoupe se despedía del barón para irse a acostar, después de haber ido a abrir y cerrar la verja del jardín detrás del automóvil de Arned.

Era el momento de obrar, y los dos supuestos desholina-

dores se arrojaron revólver en mano sobre el enemigo de Susana, manteniéndole y amordazándole, en vista de que el barón se había negado a declarar dónde tenía prisionero a Ricardo Gautier.



Después lo condujeron al jardín y lo encerraron en un sico, colocándole sobre el carrito que habían traído por la mañana para las herramientas. Faltaba, sin embargo, lo más importante que era el modo de sacar de la finca al barón, pues la llave de la verja obraba en poder de Garoupe. Entonces decidieron de nuevo saltar la tapia y volver a la mañana siguiente a buscar al barón.

Así lo hicieron, y apenas amanecía, Zipuille y Pelagia se presentaron en la finca de Holland, y ante los mismos ojos de Garoupe sacaron el carrito donde se hallaba el barón. Ramón Mongins les esperaba en las cercanías del castillo, para indicarles la casa que había alquilado con el fin de que sirviese de prisión al aristócrata. Y mientras Zipuille, por el procedimiento del palo seco, se encargaba de hacer confesar al barón el lugar donde se encontraba encerrado Ricardo, Pelagia regresaba a París a reunirse con Susana.

Poco después, el barón obligado por Zipuille, declara al fin dónde se encuentra Ricardo Gautier, y Ramón Mougins parte hacia allí, dejando al barón al cuidado de Zipuille. Pero en la casa de labranza que servía de prisión al novio de Susana, se halla Garoupe, que a través de la puerta ve a Mougins. Entonces obliga a la vieja guardiana a entretener al joven, mientras él engancha un carruaje para hacer creer a Mougins que dentro de él va el prisionero.

Mougins cae en la trampa preparada por Garoupe, y abandonando su conversación con la vieja, echa a correr detrás del carro, en tanto que Ricardo sigue prisionero en la casa de labranza.



SENTA JORNADA

LA MUERTE DE SUSANA

Ramón Mougins continúa corriendo detrás del carruaje donde se figura que va encerrado Ricardo, hasta darle alcance.

Pero al llegar allí se convence de su error, pues ve con sorpresa que el interior del carro está vacío. Entonces increpa a Garoupe, amenazándole con no poner en libertad al barón si no le entrega al prometido de Susana. Y el fiel criado, que acaba de saber, al fin, que su amo se encuentra en manos de sus enemigos, recurre a todas las astucias para salvarlo, y le indica a



Mougins su deseo de ver a Hofstad, para que él mismo le ordene poner en libertad a Ricardo.

Ramón Mougins no ve en ello inconveniente, y acompañado de Garoupe, llega a la casa donde se encontraba prisionero el barón. Pero allí le espera una nueva sorpresa. El aristócrata ha desaparecido.

Creyendo ser víctima de un engaño, Garoupe se arroja sobre Mougins, y una lucha brutal se entabla entre los dos hombres, de la cual queda vencedor el amigo de Susana. A Garoupe no le queda otro remedio que huir jurando vengarse.

He aquí una hora antes lo que había ocurrido. Zipalle había salido a comprar tabaco, dejando al barón sólidamente atado a la cama. Unos gitanos rondaban la casa, y a través de la ven-

tana contemplaron al barón atado a la cama, solo, en aquella habitación. Excitada su codicia, penetraron en la casa, y antes de que Zipuille regresase, ya el barón se encontraba libre, caminando a través de los campos, en compañía de sus salvadores.

Y en tanto que Mougins se niega a aceptar las excusas de Zipuille, el barón es acogido en el hogar de los gitanos, donde la mujer que ayudó a salvarlo le predice su porvenir.

—Tú vas persiguiendo a una mujer, que en este momento corre un gran peligro... Es necesario que la abras en adelante la protejas, tu destino va ligado al suyo. El día que ella muera tú no tardarás en ójar te existir.

Y entregándole un sobre, añade:

—Prométeme no abrir este sobre antes de que salga la primera estrella el día tercero de la próxima luna.

Mientras tanto, Garoupe recorre inútilmente todos los lugares frecuentados por el barón, sin encontrar su pista. Loco ya de desesperación, visita a Magdalena Brow, la amiga de su amo, para preguntarle si tiene algún indicio que pueda ponerle sobre la pista del barón. Pero Magdalena tampoco sabe nada y sospecha que Susana Lefranc sea la causa de esta ausencia prolongada de su amigo. Hay un gesto de odio contenido en el rostro de aquellos dos seres, cuando la conversación recae sobre Susana. Y al salir de allí, Garoupe busca en el alcohol la fuerza necesaria para realizar una idea de venganza que ha concebido.

Entretanto, en casa de la señora Lefranc se ha recibido el telegrama de Mougins dando cuenta de que Ricardo no tardaría en ser puesto en libertad, y la joven vuelve a recobrar la alegría que había perdido en aquellos últimos tiempos, cuando creía fracasada su noble empresa de libertar a su prometido sin el auxilio de la policía.

Aquella tarde sale a dar un paseo en bote por el río, sin comprender que la Muerte se hallaba escondida entre las frondas de la orilla. En efecto, borracho, con una embriaguez de odio y de alcohol, Garoupe, creyendo perdido para siempre el barón Hoffand, dispara su arma sobre la linda Susana... La bala traidora no la ha herido, pero herforó el piso del bote, que poco a poco se va hundiendo, sin que Susana pueda salvarse de la corriente impetuosa del río.

Al regresar a casa del barón, Garoupe encuentra allí a su

amó, y su arrepentimiento entonces no tiene límites. No los tiene tampoco la celera de Holland al conocer el crimen de su criado, que no sólo lo compromete ante la justicia de los hombres, sino que pone inquietudes en su vida, al recordar el ardid de la gitana, que le ordenaba velar por Susana, pues su vida iba ligada a la de ella.

Sobreviene el rompimiento con los dos hombres y Garoupe va a pasar una temporada en una de las fincas que el barón posee en Francia.

Y mientras en casa de la señora Lefranc todos se entregan al dolor por la pérdida de la encantadora Susana, el barón visita a su amiga Magdalena de Brown, y, para quitarle su enojo, le promete llevarla a pasar el verano a la Costa Azul.

SEPTIMA JORNADA

EL CASTIGO

Mientras el barón Holland y su amiga Magdalena de Brown se instalan en una preciosa villa de la Costa Azul, dando orden de poner en libertad a Ricardo Gautier, Ramón Mougins se vuelve a Nancy, donde prosigue su trabajo en la fábrica, y Zipuille continúa practicando por su cuenta pesquisas para averiguar cuáles fueron los asesinos de Susana.

Garoupe se ha instalado en la fábrica del barón y allí, obsesionado por el remordimiento, turbado su vida por el miedo a lo sobrenatural y el temor a la justicia, pone fin a sus días, disparándose un tiro en la sien.

Por fin, Zipuille descubre el misterio que envolvía el crimen, y de acuerdo él, Mougins y David, se proponen vengarse del barón, para lo cual emprenden el viaje a la Costa Azul y se presentan en casa del aristócrata el mismo día precisamente que la gitana había señalado a Holland para abrir el sobre misterioso que le entregara.

Loco de terror, al convencerse de que es perseguido, el barón Holland abandona la finca, dejando en ella a Magdalena, que se encarga de recibir a los jóvenes David y Mougins, en tanto que Zipuelles, disfrazado de mendigo, ha seguido los pasos del barón.

Un poco más tarde, Zipuille, que ha abandonado sus ropas

astrosas para continuar la persecución de Hofand, envía una carta a sus amigos, diciéndoles:

«El viejo va a las Gargantas del Lobo. Le amo tanto que me es imposible abandonarlo, y lo sigo despacio, como un viejo zorro que soy. Ya les dejaré más detalles en el estanco.»

El barón ha tomado un auto y se ha dirigido a la montaña, al lugar conocido por las Gargantas del Lobo, cuando la noche va extendiendo su manto sobre las cuestas. Y al salir la primera estrella, lleno de emoción, abre el sobre que le entregó la gitana. Dentro de él hay un papel que dice lacónicamente:

«Ha sonado en el reloj de la Vida tu última hora.»

Y al volverse se encuentra con el rostro de Mougins, que le contempla amenazador. Trata de huir hacia el otro lado, pero allí le espera David. Busca otro camino, y Zipulle le mira irónicamente. No le queda más que el barranco sin fondo, a cuyos pies se oye mugir el torrente. El barón se arroja desde aquella altura de vértigo, y las aguas piadosas del torrente envolvieron su cuerpo muerto en un sudario.

Cuando Mougins y David regresan a París se encuentran allí a Ricardo Gautier, en muda adoración ante el retrato de Susana. Y Mougins, francamente, noblemente, se acerca a él y le dice:

—Si Susana viviese, yo estaría celoso de usted. ¡Le amaba tanto!... Pero, ahora, somos dos a llorarla!

Y se estrechan las manos con emoción.

Y la buena, la santa señora Leiraoe, levantándose con trabajo de su asiento, habla a todos los allí presentes, en la siguiente forma:

—Hijos míos. Debíamos el homenaje de nuestras lágrimas a la que ya no existe. Ahora su alma está en medio de nosotros... Y es su misma voz la que os dice: «Las lágrimas son estériles, sólo el trabajo y el amor son fecundos».

FIN

PUBLICACIONES MUNDIAL

Calle de Barbarrá, 15

BARCELONA

CINE POPULAR

Revista semanal ilustrada de cinematografía

Es, sin ningún género de dudas, la mejor revista cinematográfica que se publica en nuestro país. Sólo trata asuntos cinematográficos, pero los trata todos.

Publica semanalmente páginas de amena novedad cinematográfica, curiosidades y anécdotas de la vida privada y artística de los más conocidos artistas del mundo. Profusión de retratos de artistas y de escenas de sus mejores producciones. Biografías ilustradas de los «ases» o «estrellas» de la pantalla.

Manual-guía para los aspirantes a artistas de cine.

Comentarios a las últimas películas estrenadas y razón de las que se pasan de prueba.

Los diarios descubridores que tienen alguna importancia para el cine son divulgados en las páginas de esta interesante revista.

Amplia sección de argumentos de películas y grabados de los mismos.

Novela-folletín en todos sus números.

Página de modas femeninas.

Página festiva.

Correspondencia y Consultorio.

Cupones para optar a bonitos patrones de trajes o abrigos.

Concursos con valiosos y numerosos premios.

Suscripción: Trimestre, 2'75 ptas.—Semestre, 5'25 id.—
Año, 10 id.—Pago adelantado.

Para pedidos:

«Publicaciones Mundial», calle Barbarrá, 15, Barcelona

PUBLICACIONES MUNDIAL

Calle de Barbarrá, 15

BARCELONA

Acaba de ponerse a la venta y constituye un grandioso éxito de librería el tomo titulado

Rasgos de ingenio de Jacinto Benavente

elegantemente editado, con una soberbia cubierta en tricromía.

Precio: 2 pesetas ejemplar

Se manda por correo al recibo de su importe.

Pídalo a su librero o directamente a PUBLICACIONES MUNDIAL.